

LA NUEVA IMAGEN DE ALEMANIA ORIENTAL

«Es el más hermoso regalo de Navidad que pudiésemos desear —dicen los dirigentes de Alemania Oriental a propósito de la firma en su propia capital del «tratado fundamental» entre los dos Estados alemanes—. Alemania Occidental pretendió siempre ignorar hasta nuestra existencia: ahora trata con nosotros en pie de igualdad, y Willy Brandt nos enviará muy pronto a un «delegado plenipotenciario», que será, de hecho, un embajador».

Satisfacción comprensible la de los germano-orientales: este espectacular resultado de la «Ostpolitik» de Brandt pone fin al largo período de aislamiento de la RDA, a cuya capital acudirán en los próximos meses representantes diplomáticos de todo el mundo. Estos enviados tendrán ocasión de descubrir a un país muy mal conocido: «la otra Alemania», la que, atrincherada tras el muro de Berlín y las poderosas fortificaciones de toda su frontera occidental, se ufana de ser «el Estado socialista de nacionalidad alemana».

El socialismo de esa Alemania es un socialismo severo, reglamentado, planificado hasta en sus mínimos detalles, lo que motiva en los enemigos del régimen comentarios como el siguiente: «Es Prusia en versión roja, pero Prusia, al fin y al cabo». En realidad, muchas cosas han cambiado desde los años sombríos de entre 1949 y 1961, fecha de la construcción del «muro», durante los cuales, más de tres millones de ciudadanos alemanes orientales se refugiaron en el Oeste. Primero, la propia capital. De un sector largo tiempo abandonado, con tiendas mal abastecidas, edificios mal conservados y abundantes y desoladoras ruinas, Berlín Este se ha transformado, en el curso de estos últimos años, en una ciudad moderna: en pleno centro, en la Alexanderplatz, así como a lo largo del «muro», se levantan ahora edificios de gran osadía arquitectónica, así como de un rigor geométrico que no excluye la elegancia. Los habitantes de Berlín-Este muestran también orgullosos a los visitantes los nuevos inmuebles de acero, cristal y hormigón, hermosos pavimentos bien conservados y, en la periferia de la ciudad, enormes bloques de inquilinos...

También ha cambiado el nivel de vida de los ciudadanos de la República Democrática Alemana. Re-

cientemente, el Gobierno de Bonn publicó un grueso volumen en el que se recogían indicaciones precisas y comparativas relacionadas con el nivel de vida de ambos Esta-

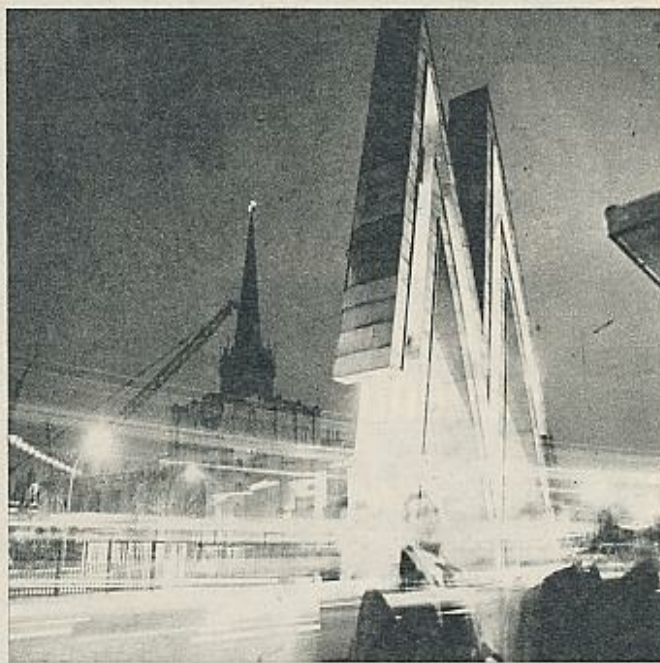


Erich Honecker, sucesor de Walter Ulbricht.

dos alemanes. Los especialistas que han colaborado en esta obra han llegado a conclusiones muy claras: «El nivel de vida en la República Democrática Alemana —dicen en sustancia— es actualmente inferior en sólo un treinta por ciento al de la Alemania Occidental. Sin embargo, hace diez años nada parecía predecir este formidable auge de la economía germano-oriental».

Es verdad que se ha producido una especie de «milagro»: a pesar de la severa crisis económica padecida por el país a principios de la década de los sesenta y de la posterior de 1970, la RDA es actualmente la segunda potencia comercial de la Europa del Este, el principal abastecedor y cliente de la Unión Soviética en el «campo» socialista. La RDA, que ha enlazado con la tradición industrial de Alemania, con su elevado nivel tecnológico, está actualmente considerada como una especie de modelo a imitar dentro de la Europa Oriental: «Incluso los soviéticos —dicen los dirigentes de la RDA— envían aquí a sus técnicos a estudiar sobre el terreno nuestros métodos de producción e inversión».

No son, sin embargo, los soviéticos los únicos visitantes: cuando hace más de un año se autorizó a los ciudadanos polacos a trasladar-



Leipzig, una de las ciudades más prósperas de la Alemania Oriental, donde soplan ahora nuevos vientos liberalizadores.

se, sin necesidad de visado, a casa de sus vecinos alemanes orientales, hubo ocasión de asistir a un espectáculo extraordinario: cientos de miles de polacos atravesaron la frontera para abastecerse de géneros alimenticios, aparatos para el hogar y ropa, y tomaron literalmente por asalto las tiendas de Berlín Este, Dresde y Leipzig. Las autoridades polacas, alertadas por los alemanes orientales, que se lamentaban de aquel «pillaje», terminaron prácticamente con la invasión hace semanas, restringiendo severamente la atribución de divisas.

En fin, y esto constituye su orgullo supremo: «Somos, sin duda, el único país socialista —dicen en Berlín Este— en el que se ha logrado resolver satisfactoriamente el problema de la colectivización de la agricultura...». Es un hecho que las cooperativas agrícolas, después de tropezar en un principio con enormes dificultades, marchan bastante bien. La mecanización de la agricultura ha dado un salto impresionante, y los especialistas alemanes occidentales reconocen hoy que la «RDA va camino de conseguir la difícil hazaña de transformar en obreros de la tierra a unos campesinos antes tan tenazmente aferrados a la propiedad individual...». Tal vez sea el sentido de la disciplina, tradicional entre los alemanes, el que explica, al menos en parte, el éxito conseguido en un terreno en el que los demás países de la Europa Oriental sólo han sufrido reveses y a veces hasta auténticas catástrofes.

La disciplina es, de todos modos, la consigna del Régimen. Consigna tan escrupulosamente respetada por los órganos informativos —los periódicos no dejan de celebrar los «grandes éxitos» de la edificación socialista en la Unión Soviética—, que muchos ciudadanos renuncian a la prosa oficial y prefieren mirar en sus casas la televisión... alemana occidental. De esta circunstancia se resiente la

difusión del «Neues Deutschland», órgano oficial del SED, partido dirigente de la República Democrática Alemana. «¿Por qué cuesta este periódico quince pfennigs, mientras que se puede comprar el «Pravda», de Moscú, por sólo diez?», dice un chiste popular en la República Democrática Alemana. Respuesta: «En el precio de «Neues Deutschland» se incluye el de la traducción...».

Desde la subida al poder de Erich Honecker, sucesor de Walter Ulbricht, se ha producido cierta liberalización dentro del Régimen: este viejo comunista, de sesenta años, que pasó diez años de su vida en las cárceles hitlerianas, puso freno a la persecución de que había sido objeto, en el pasado, determinado número de intelectuales, algunos de los cuales —nos referimos concretamente a los poetas Wolf Biermann y Reiner Kunze— pueden publicar ahora sus obras en el Oeste sin problemas. Por otro lado, al poeta Peter Huchel, antiguo amigo de Bertolt Brecht y actualmente considerado como «irrecuperable», se le ha autorizado a dejar la RDA para instalarse en Alemania Occidental. Por último, Erich Honecker ha concedido recientemente una amnistía, sin duda la más importante entre las decretadas hasta ahora en la RDA, de la que se han beneficiado varios miles de prisioneros políticos.

Es verdad que se trata de una liberalización más bien prudente, pero el hecho de que actualmente se autorice a centenares de millares de alemanes occidentales a pasar la frontera alemana oriental, da fe de la seguridad en sí mismos de los nuevos dirigentes de Berlín Este. ¿Se animarán a abrir también la frontera occidental a sus propios ciudadanos? «Tal vez —nos dice un dirigente alemán oriental—, pero sólo dentro de algunos años, cuando estemos seguros de que el enemigo no podrá ya destruir nuestro régimen socialista...». ■ GERARD SANDOZ.